

# Corpus Christi

Jn. 6,51-58. 14 de junio de 2010

**El Cuerpo de Cristo nos compromete.**

Saboreamos que un hecho extraordinario pasa a ser ordinario en nuestra vida cristiana: *la presencia de Cristo bajo las especies del pan y del vino en la eucaristía*. Todo un desafío para nuestra inteligencia, pero, como cantamos en el *Pange lingua*: **¡la fe reemplaza la incapacidad de los sentidos!** Y no es algo que nos imaginamos, es una realidad.

Desde aquel Jueves Santo, desde aquella última cena de Jesús con sus discípulos, Él se quedó para siempre con nosotros. Él está aquí, no solo en la Palabra o en la comunidad, en lo más profundo de nuestras vidas, sino también en el fruto de la tierra y del trabajo de tantos hombres y mujeres. **Cristo es alimento que construye la unidad en medio de las fracturas.** «*El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo porque comemos todos del mismo pan*», dirá Pablo a los Corintios. Es decir, cuando comulgamos con Cristo, estamos comulgando con todos los miembros de Cristo.

**Nadie que reciba el Cuerpo de Cristo puede quedarse impasible, insensible e indiferente ante las heridas del mundo.** Ante las hambres que asolan la sociedad y nuestra geografía cotidiana. El hambre de justicia, de sentido, de cuidado sostenible, de consuelo ante las barbaries humanas. Porque “*el pan que ellos no tienen nos convoca a ser contigo el pan de cada día*”, cantará el poeta Pedro Casaldáliga. Comer de Él es dejar que Cristo mismo dirija nuestra vida. Solo Él. **La custodia nos recuerda que, al comulgar, nos hacemos, de alguna manera, custodias vivas -de carne y hueso- que se dan y se reparten hasta dar la propia vida.** Día a día, en el *martirio cotidiano*. **El rostro del vulnerable y el pobre, del anciano, del niño o el desesperado son custodias donde venerar el misterio de amor y la redención. A Cristo mismo.**

